

LA TEORIA DE LA CIENCIA Y LAS IDEAS DE WILHELM WINDELBAND SOBRE LA HISTORIA *

ANSELMO GONZALEZ JARA, Sch. P.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo quiere ser, primordialmente, un comentario en torno al discurso de Windelband "Historia y Ciencia de la Naturaleza". Este discurso rectoral, pronunciado en 1894 en Estrasburgo, inaugura una nueva era en la Teoría de la ciencia.

Previamente, a modo de introducción en el tema, nos hemos formulado la pregunta fundamental de la teoría de la ciencia. Es decir, nos hemos planteado la cuestión de la esencia de la ciencia. Hemos procurado dejar constancia de las respuestas más descollantes, tal como han ido apareciendo en la historia del pensamiento occidental.

Luego, antes de entrar en el objeto propio de este estudio, hemos recordado, muy someramente, las clasificaciones de la ciencia más dignas de tenerse en cuenta. Nos hemos detenido especialmente en las observaciones sobre la moderna división de las ciencias reales, por ser éste el punto en que culminan las aportaciones de Windelband.

Así, esta es la visión general de nuestro trabajo, reducido a esquema:

I. La esencia de las ciencias.

II. El sistema de las ciencias:

1º Clasificaciones históricas;

2º Actual teoría de las ciencias:

A) Ciencias Ideales;

B) Ciencias reales:

a) Antigua división de las ciencias reales;

b) Moderna división de las ciencias reales.

* Trabajo elaborado por el Padre Anselmo González Jara V. Sch. P., en el Seminario de Filosofía de la Historia que dirige el Dr. Jaime Jaramillo Uribe.

I. ESENCIA DE LA CIENCIA

Ya Aristóteles se preocupó por la cuestión de la esencia de la ciencia. Según él, hay ciencia cuando no sólo se comprueban los hechos, sino que además se los deduce de sus fundamentos reales. Así, el conocimiento científico es sinónimo de conocimiento por causa. "Tener ciencia de una cosa es conocer su causa real, saber que ella es su causa y que no puede ser de otro modo" ¹.

Aristóteles no piensa tanto en la causa eficiente como en la formal. La explicación causal no significa solamente la deducción de un fenómeno partiendo de la causa eficiente, sino además la deducción a partir de la forma esencial o esencia de la cosa. Y como esto es algo general, sólo lo general puede ser objeto de conocimiento científico, no lo individual.

En la Edad Media, los escolásticos aceptaron en general el concepto aristotélico de ciencia ². Consideran que el término ciencia puede tener dos sentidos. En sentido objetivo significa un conjunto de proposiciones ciertas, razonadas y lógicamente ordenadas, que comprende definiciones, clasificaciones y raciocinios, concernientes a una esfera más o menos vasta del ser, considerado desde un punto de vista determinado.

En sentido subjetivo, la ciencia es considerada como la cualidad del sujeto de quien se dice que sabe, que es sabio —*sciens*—, y se define: "Cognitio certa per causas vel rationes ultimas naturali lumine comparata". Se distingue, por tanto, del conocimiento vulgar en que debe ser cierta con certeza racional, fruto de la demostración. Debe versar sobre una cosa necesaria, es decir, no sobre hechos singulares, contingentes, sino sobre una relación, una ley esencial, cuya necesidad metafísica, física o moral, es lo único que puede determinar de por sí al entendimiento a una afirmación racional cierta. No se puede tener ciencia del individuo, "de singularibus non est scientia". Además, la ciencia consiste, en cuanto tal, en conocer la causa o razón propia por la cual, en el orden ontológico, la cosa es lo que es.

Según Santo Tomás, la ciencia es un conocimiento fijo, estable y necesario, que requiere objetos necesarios e inmutables. Ontológicamente sólo hay un objeto necesario e inmutable, que es Dios. Para dotar a los seres contingentes y mudables del mundo sensible de necesidad lógica, es preciso despojarlos intencionalmente de sus condiciones de contingencia y movilidad, y para esto en su concepto hay que hacer abstracción de su materialidad, que es, a la vez, la raíz o el primer principio de su individualidad y de su mutabilidad ³. La ciencia es un hábito mental representativo de la realidad y debe corresponder exactamente a la realidad. El universo mental debe corresponder al universo ontológico. Ser y saber deben mantenerse en una estricta correlación. Pero no se ajusta el ser al saber humano, sino que por el contrario, el saber humano debe ajustarse al ser ⁴.

1 ARISTOTELES, *Post. Analytt.*, I, 1.

2 E. COLLIN, *Manual de Filosofía Tomista*, trad. de la novena edición francesa por CIPRIANO MONTSERRAT, Barcelona, 1951 ², tomo II, p. 107.

3 SANTO TOMAS DE AQUINO, *In Boet. de Thin.* V, 1.

4 *Ibidem*, *Summa Contra Gentiles*, I, 1.

La Edad Moderna al lado de las ciencias explicativas coloca las ciencias descriptivas. Con ello se abandona el concepto aristotélico de ciencia, para el cual sólo el conocimiento explicativo —causal— posee carácter científico. Había resultado demasiado estrecho. Además, la Edad Moderna convirtió en objeto de investigación científica no sólo lo meramente universal, sino también lo individual. De este modo se abría una ancha brecha en el concepto aristotélico de ciencia. Pero la nota esencial del concepto aristotélico de ciencia fue recogida en forma modificada, por el nuevo concepto de ciencia, que también la considera como saber metódicamente fundado. Sólo puede pretenderse que un conocimiento posee carácter científico cuando puede justificarse lógicamente, es decir, fundarse. Pero —y aquí está la modificación— estos fundamentos no tienen por qué ser fundamentos reales o de cosas (causas); pueden ser meramente de conocimiento o lógicos⁵.

Bajo el influjo de los diversos sistemas subjetivistas, que en una u otra forma niegan al hombre el conocimiento inmediato de lo real; bajo el influjo, en particular, del kantismo y del positivismo, se ha formado hoy día un concepto enteramente “fenomenal” y singularmente restringido de la ciencia y de sus caracteres distintivos. El conocimiento científico debe ser cierto, con certeza racional, clara, distinta, comunicable por demostración. Debe ser conocimiento de lo general, es decir, se esfuerza por reducir lo complejo a lo simple, lo particular a lo general, extrayendo de individuos concretos tipos universales; de hechos singulares, por diferente que sea su aspecto, leyes generales de sucesión entre los fenómenos. La verdadera ciencia —se piensa hoy— intenta explicar lo que ella ha comprobado y analizado, conforme al dicho de Bacon: “Vere scire, per causas scire”. Pero las causas de la ciencia moderna no tienen de común sino el nombre con las causas del pensamiento aristotélico. La causa moderna se prohíbe a sí misma toda incursión por los dominios, según ella inaccesibles, de los porqués íntimos y reales, y se contenta con determinar el “cómo” de lo que observa. Determinación que es llevada a efecto por medio de leyes, del todo fenomenales, que no expresan otra cosa que el nexo o sucesión constante de los fenómenos. Leyes de coexistencia, de sucesión o leyes modales. La causa es el fenómeno o conjunto de fenómenos que condicionan regularmente la aparición de otro fenómeno.

En consecuencia, todo aquello que rebasa los datos sensibles, el mundo de los fenómenos, no puede ser objeto de conocimiento científico. La Metafísica —asunto de aspiraciones sentimentales— no es una ciencia, como tampoco las disciplinas normativas, que como la Moral, por ejemplo, pretende estudiar no ya lo que es sino lo que debe ser⁶.

II. — EL SISTEMA DE LAS CIENCIAS

1º - Clasificaciones Históricas

Para Platón hay una ciencia de las ideas en sí. Esta ciencia es la Dialéctica. Y hay también una ciencia que se refiere a la participación de las

5 J. HESSEN, *Tratado de Filosofía*, trad. de J. A. VASQUEZ, Buenos Aires, 1957, tomo I, p. 341.

6 E. COLLIN, *op. cit.*, p. 108.

ideas, que es Física si se refiere a la participación de las ideas en el mundo sensible; Ética, en el mundo moral y Estética, en el mundo artístico ⁷.

Aristóteles divide la ciencia en especulativa, práctica y poética o fáctica. El fin de la ciencia especulativa es la verdad. El de la práctica, la acción, y el de la poética, la producción o realización del orden en las cosas externas. Estas dos últimas ciencias, la práctica y la poética, tienen, por consiguiente, por objeto la operación humana. Pero la ciencia poética mira a la perfección de las obras formadas por el hombre, mientras que la práctica mira a la bondad o perfección del hombre mismo que actúa. La ciencia en el pleno sentido de la palabra lo es sólo la ciencia especulativa. Esta se divide en Física, Matemática y Metafísica. La Física trata de los seres que tienen en sí mismos el principio del movimiento. La Matemática trata de los seres que, aunque inmóviles, no están separados de toda materia. La Metafísica es la ciencia del ser separado e inmóvil. La ciencia práctica se subdivide en Lógica, Ética y Política. La poética contiene las Artes Liberales ⁸.

Desde mediados del siglo XII aparece una verdadera pululación de esquemas para la clasificación de las ciencias. Hasta mediados del siglo predomina la división tripartita (física, lógica, ética) que proviene de los epicúreos y estoicos, que llega a los medievales a través de Orígenes, San Agustín y San Isidoro. En ella tratan de intercalar las artes liberales. Desde la segunda mitad del siglo, comienza a prevalecer la división aristotélica (física, matemática, metafísica —teología—), que recogen de Boecio y que se consolida bajo la influencia de los musulmanes y de Domingo Gundisalvo ⁹.

Según Santo Tomás, la suprema perfección de la humana inteligencia, en cuanto conoce, consiste en que en el alma “aparezca impreso todo el orden del universo”. Así, lo propio de la inteligencia es conocer el orden de las cosas. Este orden que se halla en los seres es de tres clases: 1º, orden en el ser u ontológico, no producido por la inteligencia, sino hallado por ella capaz de ser conocido; 2º, orden en el conocer producido por los actos de la inteligencia que hilvanan conceptos y verdades; 3º, orden moral, que la inteligencia produce, no con sus propias acciones, sino con las de la voluntad. Toda la filosofía se divide, por consiguiente, en tres partes: real o teórica; racional o lógica y moral o práctica. De la filosofía teórica se derivan, según el grado de abstracción y universalidad con que se considera su objeto: 1º las ciencias físicas (o filosofía natural propiamente dicha); 2º las ciencias matemáticas; 3º la ciencia metafísica ¹⁰.

Bacon pretende reformar completamente la ciencia para evitar tanto la manera abstracta de argumentar, propia de la Edad Media, como las abstracciones fantásticas y cabalísticas de su tiempo. Por ello titula a su obra principal, *INSTAURATIO MAGNA*, dividida en tres partes, en la primera de las cuales (*De dignitate et augmentis scientiarum*) clasificó las

7 KLINKE-COLOMER, *Historia de la Filosofía*, Barcelona, 1953 ², p. 50.

8 *Ibidem*, p. 71.

9 F. FRAILE, *Historia de la Filosofía*, Madrid, 1960, tomo II, p. 546.

10 KLINKE-COLOMER, *op. cit.*, p. 259-260.

ciencias según las facultades humanas. A la memoria pertenece la historia tanto civil como natural; a la fantasía pertenecen la poesía, épica, dramática y didáctica; a la razón, la filosofía, que se divide en filosofía primera o ciencia universal, y filosofía segunda o doctrina de Dios, del hombre y de la naturaleza. La filosofía de la naturaleza se divide, a su vez, en práctica y especulativa y ésta en física y matemática ¹¹.

D'Alambert, en el Discurso preliminar de la Enciclopedia, observa en el hombre tres facultades principales: memoria, imaginación, razón. Esas serán, por tanto, las tres divisiones del orden enciclopédico. La memoria crea la historia; la razón, la filosofía; la imaginación, las bellas artes. Todas ellas se subdividen a su vez ¹².

Augusto Comte divide las ciencias en Abstractas (fundamentales) que estudian las leyes generales independientemente de los seres concretos en los cuales se realizan. Concretas (derivadas) que estudian los seres en su complejidad concreta. Las fundamentales pueden, además, clasificarse de una manera jerárquica, conforme a la generalidad y a la simplicidad decreciente de las leyes que estudian: Matemáticas, Astronomía, Física, Química, Biología y Sociología ¹³.

Herbert Spencer corrige la clasificación de Comte y distingue las ciencias Abstractas, que se ocupan en meras relaciones, en formas generales, por ejemplo, la Lógica y la Matemática. Concretas, que consideran los seres en su complejidad, como la Astronomía, Geología... Abstracto-concretas, que consideran fenómenos, pero al margen de los seres que los realizan, como la Mecánica, Física y Química ¹⁴.

Todas estas clasificaciones se consideran anticuadas. Aludimos inmediatamente a la actual Teoría de las Ciencias.

2º - Actual Teoría de las Ciencias

En el fondo de todas las clasificaciones modernas de las ciencias hay cierto acuerdo. Se admite, casi sin discusión, la clasificación basada en los objetos que divide la ciencia en dos amplias regiones: las ciencias ideales y las ciencias reales.

a) Ciencias Ideales

Distinguimos tres clases principales de objetos. Los sensibles o empíricos. Los suprasensibles o metafísicos y los no sensibles o ideales. Las ciencias ideales se ocupan, pues, de objetos ideales. Estos no se dan ni en la experiencia interna ni en la experiencia externa. Son de naturaleza no sensorial, abstractos. Entre sus notas características encontramos la irrealidad. Es decir, son esencia sin existencia. La esencia es el lado lógico del

¹¹ *Ibidem*, p. 36.

¹² P. HAZARD, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, trad. de J. Marías, Madrid, 1946, p. 223.

¹³ E. COLLIN, *op. cit.*, p. 113.

¹⁴ SPENCER, *Clasificación de las Ciencias*, trad. de E. ZAMACOIS y QUINTANA, Madrid, 1928.

objeto. Es la totalidad de las notas lógicas de un objeto. Por medio de ella el objeto queda destacado de la multiplicidad de los objetos. La existencia constituye el lado alógico del objeto. Afirma que aquella esencia se da en alguna parte del orden real de las cosas. Una segunda característica es la intemporalidad. Pertenecen a una ordenación intemporal. Están fuera del nacer y perecer temporales. La tercera característica es la objetividad, es decir, representan un orden objetivo aunque no sea real.

A estos objetos ideales pertenecen los objetos lógicos y matemáticos, lo mismo que los valores. Como dice Windelband, las ciencias racionales o ideales coinciden, en sentido negativo, en que no versan directamente sobre el conocimiento de algo dado en la experiencia”¹⁵.

Podemos hacer algunas reflexiones para penetrar más profundamente en la estructura de las ciencias ideales.

Nada distingue mejor a las ciencias ideales de las reales que su fuente de conocimiento. Mientras en las ciencias reales es la experiencia, en las ciencias ideales es la razón. Contrariamente a las ciencias reales que son de experiencia, las ideales aparecen como ciencias racionales. También se las puede llamar ciencias “a priori”, porque el conocimiento de las ciencias ideales es independiente de la experiencia. La conciencia cognoscente extrae de sí misma sus elementos. La autonomía del espíritu, en este caso, es patente: no depende de los sentidos, es en sí misma fuente de conocimiento.

Las ciencias ideales constituyen el reino de las verdades de razón, mientras las ciencias reales forman el reino de las verdades de hecho. El primero se basa en el principio de contradicción y en el de razón suficiente. El segundo presupone esos principios, pero el que domina es el principio de causalidad. Los objetos de las ciencias reales sí están en el orden del tiempo. Pero los sucesos pueden investigarse científicamente sólo si entre ellos hay conexiones firmes.

La estructura de los objetos ideales es también la razón de que el método de las ciencias ideales sea distinto del de las ciencias reales. El método de las ciencias reales es la inducción, que partiendo de lo individual y concreto trata de llegar a los conceptos y leyes más generales. Las ciencias ideales no tienen nada que hacer con objetos individuales concretos, sino que se ocupan de objetos generales y abstractos. Su método es la deducción que avanza de lo general a lo particular. Para ello procede en parte analítica, en parte sintéticamente. Esto no quiere decir que las ciencias ideales constituyen el único campo del método deductivo. También en las ciencias reales se aplica el método deductivo dentro de ciertos límites. Pero su dominio principal es siempre el reino de las ciencias ideales.

En las ciencias ideales la certeza que se obtiene es apodíctica. El investigador, en este caso, no comprueba meramente que una cosa es como es, sino que así tiene que ser, que su contrario es imposible, mientras que en el terreno de las ciencias reales tiene que contentarse con la mera facticidad.

15 W. WINDELBAND, *Preludios Filosóficos* (Figuras y Problemas de la Filosofía de Historia), se incluye el discurso rectoral “Historia y Ciencias de la Naturaleza”, trad. de W. ROCES, Buenos Aires, 1949, p. 315.

b) *Ciencias Reales*

Las ciencias reales se ocupan de objetos reales. Afirma a este propósito Windelband: "entendemos por ciencias empíricas las que tienen por misión conocer una realidad dada de un modo o de otro y asequible a la percepción. Su característica formal consiste, por tanto, en que necesitan acudir siempre para fundamentar sus resultados, aparte de las premisas axiomáticas generales y de la exactitud del pensamiento normal, exigible por igual a todo conocimiento, a una comprobación de hechos por medio de la observación" 16.

Reconocida casi unánimemente la clasificación que divide las ciencias en ideales y reales, la polémica y la discusión surge en torno a la ulterior subdivisión de las ciencias reales o empíricas. Se oponen aquí dos concepciones. Una antigua. Otra moderna.

a) *Antigua División de las Ciencias Reales.* — Remontándonos a John Stuart Mill encontramos por vez primera una clara división de las ciencias reales en ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. Por naturaleza se entiende en este caso el mundo de los cuerpos que nos rodea. Por espíritu, el mundo anímico que está en nosotros. Stuart Mill ha tenido insignes continuadores, en esa dirección, como Wundt, Stumpf, Becker, Külpe y Messer.

Como hemos señalado, la división de las ciencias reales en ciencias de la naturaleza y del espíritu o de la cultura es una división que se funda en los objetos mismos. A los dos grandes grupos de objetos —corporales y anímicos— corresponden también diferentes tipos de ciencias. Las disciplinas principales entre las ciencias de la naturaleza son la Física y la Química. La disciplina fundamental de las ciencias del espíritu es Psicología. Pero aquí deben incluirse también la totalidad de las ciencias culturales, es decir, aquellas que se refieren a la vida cultural del hombre, como son las disciplinas referentes al lenguaje, las costumbres, el derecho, la economía, la sociedad, el Estado, el arte, la moralidad y la religión.

La diferencia de sus objetos no supone, sin embargo, que los métodos sean totalmente diferentes. "La antinomia de objetos no entraña necesariamente una antinomia de métodos de conocimiento" 17.

Como todas las ciencias reales tratan de conocer objetos reales, todas ellas necesitan métodos empíricos y sobre todo la percepción como método de conocimiento. Lo cual no quiere decir que los métodos sean exactamente los mismos en las ciencias de la naturaleza y las del espíritu. Aquéllas "establecen, coleccionan y elaboran sus hechos solamente desde el punto de vista y con la finalidad de llegar a comprender las leyes generales a que tales hechos se hallan sometidos". Mientras que "la mayoría de las ciencias empíricas que suelen agruparse bajo el nombre de ciencias del espíritu se proponen resueltamente exponer, de un modo completo y exhaustivo un determinado acaecimiento, más o menos extenso, de realidad transitoria y circunscrito dentro del tiempo" 18.

16 *Ibidem*, p. 315.

17 *Ibidem*, p. 315.

18 *Ibidem*, p. 316.

Windelband, en su discurso rectoral de 1894, no acepta esta clasificación antigua fundada en los objetos: "A mí me parece que esta división, por lo menos bajo la forma como se la presenta, no es muy feliz. Si no me equivoco al pulsar la teoría de la novísima filosofía, y las repercusiones de la epistemológica, creo que esta división tradicional, adherida al modo usual de pensar y expresarse, no puede ser considerada ya como algo tan evidente que sirva como base indiscutible de aquella clasificación fundamental" 19.

La división expuesta fracasa ante un hecho incuestionable. Según la clasificación aludida, la Psicología pertenece a las ciencias del espíritu. Más aún, es la disciplina fundamental. Windelband opina que es imposible colocar a la Psicología en ese grupo de ciencias: "la incongruencia entre el principio objetivo y el principio formal de clasificación se revela en la existencia de una disciplina empírica tan importante como la psicología que no puede encontrar cabida en ninguno de los dos grupos, ni entre las ciencias de la naturaleza, ni entre las del espíritu. En efecto, si bien por su objeto la psicología sólo puede caracterizarse como ciencia del espíritu y en cierto sentido como la base de las demás ciencias de esta clase, todo su modo de proceder, su comportamiento metodológico es, desde el principio hasta el fin, el de las ciencias de la naturaleza. De aquí que tenga que resignarse a que se la califique alguna que otra vez como "la ciencia natural del sentido interior" o incluso como "la ciencia natural del espíritu" 20.

Los fundadores y defensores de la división de que hablamos proceden en su totalidad de las ciencias naturales. Esto explica que no hagan plena justicia a la estructura peculiar de las ciencias del espíritu. Por ello rechaza Windelband esa división, en la forma como ha sido presentada: "Una clasificación que tropieza con tales dificultades carece, evidentemente, de fundamento sistemático" 21.

b) *Moderna Clasificación de las Ciencias Reales.* — Ante la insuficiencia de esta clasificación basada en los objetos surgen nuevas inquietudes y orientaciones. La dirección más notable es la iniciada por el grupo neokantiano de la "Escuela de Baden" o del "Suroeste Alemán". Procedente de las ciencias del espíritu intenta oponerse al pensamiento positivista y naturalista sosteniendo que historia y ciencia natural son cosas distintas, cada una con método propio. El discurso rectoral "Historia y Ciencia de la Naturaleza" (1894) inaugura una era nueva en la Teoría de la ciencia.

De los principios generales de la escuela neokantiana se seguía que para comprender la diferencia entre naturaleza e historia hay que abordar la diferencia desde el lado subjetivo. Es decir, hay que distinguir la manera como el hombre de ciencia y el historiador ejercitan su pensamiento 22.

Según Windelband no es tanto el objeto, sino más bien el método el que determina el carácter de una ciencia: "Tenemos, pues, ante nosotros

19 *Ibidem*, p. 315.

20 *Ibidem*, p. 316.

21 *Ibidem*, p. 316.

22 R. G. COLLINGWOOD, *Idea de la Historia*, trad. de E. O'GORMAN, México, 1952, p. 195.

una clasificación puramente metodológica de las ciencias empíricas, susceptible de ser basada en conceptos lógicos seguros. El principio de clasificación es el carácter formal de sus metas de conocimiento. Unas ciencias empíricas investigan leyes generales, otras hechos históricos especiales: expresado esto en el lenguaje de la lógica formal tenemos que la meta de unas es el juicio general, apodíctico, la de otras la afirmación especial, asertiva” 23.

Entonces, un determinado grupo de ciencias reales elabora los hechos con el objeto de deducir de ellos leyes generales del acontecer. Por tanto, a estas ciencias se las puede llamar **NOMOTETICAS** o ciencias de leyes y coinciden con las ciencias naturales. Frente a ellas hay otro grupo de ciencias reales que tienden a “exponer de un modo completo y exhaustivo un determinado suceso más o menos extenso de realidad transitoria e irrepetible” 24. A estas ciencias conviene llamarlas **IDEOGRAFICAS** o de acontecimientos, y coinciden con las ciencias históricas. Las ciencias reales se dividen, por tanto, en ciencias de leyes o naturales y ciencias de acontecimientos o históricas: “Podemos, pues, decir que las ciencias empíricas buscan en el conocimiento de lo real una de dos cosas: bien lo general bajo la forma de ley natural, bien lo especial bajo la forma determinada por la historia. Contemplan por una parte, la forma permanente e inmutable, de otra parte el contenido transitorio, determinado por sí mismo, del acaecer real. Unas son ciencias de leyes, otras ciencias de acaecimientos; las primeras enseñan lo que sucede siempre, las segundas lo que ha sucedido alguna vez” 25.

Estudia, luego, Windelband las analogías y contrastes entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu. Ambas estudian objetos reales, es decir, son ciencias empíricas: “La investigación de la naturaleza y de la historia tienen de común el carácter de ciencias empíricas, lo que quiere decir que ambas arrancan (tienen como premisas de sus razonamientos probatorios, para expresarnos en términos de lógica) de experiencias de hechos suministrados por la percepción. Coinciden, además, en que ni la una ni la otra pueden contentarse con lo que el hombre simplista considera, generalmente, como el producto de la experiencia. Ambas clases de ciencia necesitan como base una experiencia científicamente depurada, críticamente tamizada y contrastada a través de una labor conceptual” 26.

La diferencia entre la ciencia de la naturaleza y la historia comienza allí donde se trata de valorar los hechos en el plano del conocimiento. La filosofía actual ha consumado la ruptura entre el valor y el ser. Esto se ve en el hecho de que establece una nítida separación entre las ciencias del ser y las ciencias del valor. Ciencia del ser es aquella que apunta al ser, que toma en consideración exclusivamente la estructura óptica de sus objetos. Se mueve por medio de juicios de ser. Diferente es el caso de la ciencia de valor. Su modo de considerar es una consideración axiológica, es decir, investiga sus objetos desde el punto de vista del valor. Pregunta

23 W. WINDELBAND, *op. cit.*, p. 317.

24 *Ibidem*, p. 316.

25 *Ibidem*, p. 317.

26 *Ibidem*, p. 319.

si nos encontramos ante un valor positivo o negativo y qué grado de valor se realiza en cada caso.

A las ciencias de ser pertenece la ciencia natural. Sus consideraciones son totalmente ajenas al valor. Para el naturalista que mantiene la pura actitud teórica de su ciencia el hombre no es el rey de la creación. Para un químico, un gas maloliente no es menos valioso que el mejor perfume de claveles. El psicólogo tampoco hace juicios de valor. No considera que un proceso de conciencia sea más valioso que otro. Todas estas disciplinas se ocupan de las valoraciones y sus objetos, los valores, como algo efectivamente existente y, en este sentido, nada más que como algo que es. No preguntan si estas actitudes valorativas valen, si esos valores son realmente valores. Se limitan a establecer la existencia de actos de valoración y tratan de comprenderlos y explicarlos. Pero ellas mismas no pronuncian ningún juicio de valor propiamente dicho. No toman posición acerca de si ciertas apreciaciones axiológicas son justas o no, si a ciertos objetos les corresponde el valor o no. Estas son precisamente las cuestiones que investigan las ciencias del valor, como son la Ética y la Estética.

Pues bien, Windelband considera decididamente a la historia como ciencia de valor, no como ciencia de ser: "Para el naturalista, el hecho concreto y dado, que la observación le descubre, no tiene nunca de por sí un valor científico; le sirve solamente en la medida en que pueda considerarlo como tipo, como caso específico de un concepto genérico, para desarrollar este concepto genérico a base de él. Busca en él sólo aquellas características que puedan conducir la reflexión a conclusiones generales y al conocimiento de leyes". Opuestamente, "la misión del historiador es muy otra: consiste en infundir nueva vida a una forma o figura del pasado, en actualizarla idealmente en toda su fisonomía individual. Realiza sobre lo que realmente vivió un trabajo parecido al que el artista despliega sobre lo que vive en su fantasía. Aquí radica precisamente la afinidad entre la obra de creación estética y la creación histórica, entre las disciplinas históricas y las "belles lettres"²⁷.

Luego, se plantea Windelband el problema de los hechos históricamente efectivos. La historia trabaja con lo concreto, con lo individual. Pero todo dato concreto, real ¿es un hecho para la ciencia histórica? "Lo concreto, lo particular no pasa de ser un objeto de ociosa curiosidad cuando no puede convertirse en piedra llamada a incorporarse en una construcción más general"²⁸.

Los hechos concretos dejan de ser indiferentes en el grado en que contribuyen al conocimiento general. El criterio que emplea Windelband para descubrir los hechos valiosos —y además históricamente efectivos— es la capacidad que tienen los hechos concretos para iluminar una región de la totalidad. Son valiosos para la historia aquellos hechos de los cuales puede aprenderse algo: "Cuántas y cuántas cosas acaecen que no pueden ser consideradas como hechos históricos! Poseemos la cuenta de un cerrajero por la que está documentalmente comprobado, con toda la certeza que podamos apeteer, que en el transcurso del año 1780 Goethe contrató con

27 *Ibidem*, p. 320-321.

28 *Ibidem*, p. 328.

aquel artesano la construcción de una campana para su casa y de una llave para su cuarto y que el 22 de febrero del mismo año le encargó también una cajita de metal para guardar papeles. No cabe duda de que se trata de cosas verdaderamente acaecidas; a pesar de ello no se trata de hechos históricos, ni dentro de la historia de la literatura ni de la historia biográfica”²⁹.

Fundado en estas consideraciones afirma Windelband que la tarea de la verdadera historia de la humanidad se realiza mediante una selección y síntesis referidas a valores universalmente válidos³⁰.

Sin embargo, en la práctica es difícil distinguir cuando un hecho posee valor histórico: “dentro de ciertos límites es imposible decidir de antemano cuándo hay que reconocer el valor de un “hecho” y cuándo no a los datos concretos que nos ofrece la observación de la tradición. Por eso la ciencia se ve obligada a hacer lo que Goethe en su vejez: ir reuniendo, coleccionando, archivando cuanto cae en sus manos, con la idea de no dejar perderse nada que tal vez algún día podrá emplear y en la seguridad de que el trabajo de las futuras generaciones, siempre que no se vea entorpecido por las vicisitudes externas de la tradición, será como un gran tamiz que conserve lo útil y deje perderse lo inútil”³¹.

29 *Ibidem*, p. 323.

30 W. WINDELBAND, *La Filosofía de la Historia*, trad. de F. LARROYO. Edición de la U. N. Autónoma de México, copia mimeografiada para el Seminario de Filosofía de la Historia de la U. N. de Colombia, p. 3.

31 W. WINDELBAND, *Preludios Filosóficos*, p. 323-324.